

¡Adios...!



ARTES, nueve de Septiembre... Las ocho de la mañana... El cielo aparece cubierto de lacrimosas nubes, que no tardan en ceder su puesto al sol. En la borrosa lejanía se pierden mar y cielo tras la neblina que se extiende como velo gigantesco.

El vapor "Susana" está para zarpar con rumbo a Amoy. Llegan, a las nueve, cuatro Madres Dominicanas, jóvenes Misioneras que marchan voluntarias y alegres a China, la verdadera tierra prometida de su vocación. ¡Cuatro heroínas, que cuando el mundo les brindaba encantos, y las sonreía con un porvenir brillante, supieron elegir la mejor parte; y dando un adios al mundo que mente dichas, y venciendo lo que al corazón humano le es más difícil vencer, caminaron, sonrientes y alegres, a la soledad del claustro, donde encontraron todo cuanto su corazón anhelaba, y que el mundo no les podía dar.

No hace un año todavía las ví llegar de España en la que dejaron los seres queridos con quienes habían compartido sus años más felices; ¡los inocentes y risueños años de la primavera de la vida!

Un grupo de alumnas del Colegio de Santa Catalina llega al vapor acompañando a las cuatro Misioneras. En los rostros de las simpáticas niñas se ven huellas de lágrimas que han brotado a impulsos del cariño y de la gratitud hacia las Madres profesoras que marchan. Veo también señoras y caballeros que las despiden con palabras de sincera y franca amistad.

Entretanto...

*Con la paz y alegría en sus semblantes,
Nimbadas de candor,
Las Misioneras Hijas de Domingo
Subieron al vapor.*

*Serenas contemplaron la azulada
Inmensidad del mar;
Y en el momento de zarpar el buque
Se las oyó exclamar:*

*¡Rumbo a China, marineros!
Que las niñas-ya estarán
Esperando la llegada
De las Hijas de Guzman.
¡Vuele el "Susana", marineros,
Sin miedo al ronco aquilón;
Pues no temen sus furores
Las Madres de la misión!*

Y el vapor zarpó... Momentos antes me despedí de todas; pero particularmente de una de las Misioneras, cuya familia está ligada a la mía con los irrompibles lazos de íntima y arraigada amistad.

(1) Dedicado a Sor Ma. Angeles Díez, Misionera Dominicana.

Sobre cubierta, hundida la vista en la inmensidad azul, frente a China centro de sus aspiraciones, recordamos, antes de despedirnos, a los seres queridos, que tal vez, a esa misma hora, pensaban en nosotros.

Un día... ¿lo recuerdas...?, cuando hube de salir a reñir las batallas de la vida, te dejé niña en aquel pueblecito de nuestros amores, santificado con la presencia del Salvador que lo defiende; y enriquecido por el caudaloso río que a su vera pasa, vivificando con sus aguas la planicie exuberante y extensa.

Entonces, en los albores de tu vida, cuando tus horas se deslizaban entre luces, sonrisas y flores, y el sol de tu existencia lucía sin una nube en el límpido horizonte; cuando velaban tu sueño los ángeles y tú soñabas con ellos; se desprendió del cielo, y fué a caer en el cielo de tu alma la semilla de la vocación, que pronto, muy pronto, había de convertirse en flor y dar saludables frutos.

Fué el día veinte de Septiembre de 1919. Iba yo a salir, empujado por la vida, para estas hermosas Islas; y tú ibas a entrar, al siguiente día, por las puertas de la profesión religiosa a formar parte de aquellas observantes Hijas de Domingo de Guzmán, cuyo recuerdo no se ha borrado de mi alma.

A tu lado nos encontrábamos en aquel día memorable tus buenísimos padres y yo. En su rostro ví retratado todo lo que les costaba el doloroso sacrificio que se disponían a ofrecer; pero también oí de sus labios palabras de cristiana resignación y santa conformidad.

Cuatro años más tarde hubo de consumarse totalmente el sacrificio, cuando al oír en tu interior la misteriosa voz que te llamaba a las Misiones de China, la obedeciste decidida y valiente, dejando, tal vez para siempre, todo lo más tierno, todo lo más amable y todo lo más amado. ¡Yo conozco. porque los he gustado, todos los dolores de esas despedidas tristes y mudas, que presagian ausencias eternas...!

Once meses hace que te ví llegar, con mezcla de admiración y alegría, a estas playas de Oriente. Y hoy, con la paz en el corazón y la sonrisa en los labios, marchas a las por tanto tiempo anheladas Misiones de China, tierra de tu vocación, imán de tu alma, centro de tus continuas aspiraciones. Y marchas persiguiendo un ideal que el mundo no conoce: en busca del trabajo, de la abnegación y del dolor; a poner tu vida y todo tu ser al servicio de esos millares y millares de niñas desgraciadas, cuyas almas te atraen, porque has comprendido, que valen más que el mundo...

¡Adios...!! Sigue resuelta tu camino, y cumple fiel tu misión. Cuando en el correr del tiempo llame a las puertas de tu corazón el sacrificio, y las nubes del dolor se ciernan sobre el horizonte de tu alma; fija la vista en el divino Reo del Calvario, y bebe en esa fuente de amor las aguas que vivifican y dan fuerza y valor para los más sublimes heroísmos. Mira también al cielo; su hermoso

azul te hablará de las consoladoras esperanzas del porvenir.

¿Qué importan los sufrimientos del combate, si roza ya nuestras frentes el laurel de la victoria...? ¿Qué son las privaciones del destierro, ante los bellos horizontes de la patria inmortal, que en lontananza se divisan...? ¡Está el cielo tan cerca, y es tan hermoso...!

¡¡Adiós...!! Cuando arrodillada ante el altar, a la indecisa luz de la oscilante lámpara, envíes a ese cielo hermoso tus plegarias, acuérdate de los idolatrados seres que dejamos en el pueblecito amado. ¡Ruega por ellos: y si te queda un poquito de tiempo, ruega también por mí!

No sé si nos volveremos a encontrar en el camino de la vida. Tú también lo ignoras. Pero si en los altos juicios de Aquel que rige los destinos del hombre y tiene en su mano las llaves de

la vida, está decretado que sea ésta nuestra postera despedida y última entrevista en el mundo: si ha de prolongarse esta ausencia hasta el deseado día, en que después de haber cumplido aquí nuestra misión, oigamos la voz que nos llame a vivir la verdadera vida que ha de suceder a ésta, y que no tendrá fin... ¡¡Adiós!! ¡¡Hasta el cielo...!!

Alentemos entretanto la esperanza consoladora de que en aquel venturoso día, cuando nuestros ojos se cierran a los objetos del tiempo y se abren a los bellos horizontes de la eternidad feliz, nos encontraremos, con un encuentro eterno, en las hermosas playas del Paraíso...

¡¡Adiós...!! ¡¡Hasta entonces...!!

A. L.

Manila, 9 de Septiembre, 1924.

Los niños católicos

¡O UÉ triste es la escuela!
¡Qué oscura y sombría,
Sin el Crucifijo
Y el Ave María!

Jamás nos enseñan
Que existe un Dios bueno,
Que es Padre amoroso
De ternura lleno.

Nunca nos explican
Que hay un solo Dios,
Que premia a los niños
Que van de Él en pos.

Sin Dios ¿qué seremos?
Cual silvestre flor:
Queremos cultivo
Queremos amor.

Nos gustan las flores,
El viento y el mar,
Cantar por la playa,
Correr y jugar;

Mas luego en la escuela
Queremos saber
Quién es Jesús bueno,
Y amarle y creer.

Nos gusta la bulla
Y el corro infantil,
Jugar a soldados
Y oír cuentos mil;

Mas luego formales
Nos place entonar

Un canto a la Virgen,
La Reina sin par,

Sabemos que somos
Hechura de Dios;
Y nadie nos dice,
Si hay uno o si hay dos.

Tenemos más libros
Que en casa de Bren,
Y ninguno cuenta
Qué pasó en Belén;

Ni quién es Dios Hijo,
Ni quién fué San Juan,
Qué cosa es la Iglesia,
Y el divino Pan.

Y si nos pregunta
En casa mamá:
¿Quién es Jesucristo?
O ¿qué era el maná?

¿Quién hizo los cielos?
¿Quién a Adán crió?
Los justos que mueren,
¿Se salvan o no?

Cual mudos quedamos,
Diciendo:—"no está
En ninguna página
Del libro, Mamá.

"Si no nos enseñan,
¿Podremos saber
A tales preguntas
Jamás responder?

"Pídele al Maestro
Que nos de lección
De Historia Sagrada
Y de Religión.

"Ruégale, mamita,
Nos quiera enseñar
La Santa Doctrina
Y a Jesús amar".

Que es vergüenza enorme
Saber dividir,
Música y dibujo
Y presto escribir;

Saber plantar coles,
Danzar con primor,
Vestir bien majitos
Y andar al vapor...

Y estar nuestras almas
En bruto ¡qué horror!
Cual nuevos aetas
Y aun algo peor...

Por tanto exigimos
En plena sesión,
Con voz que resuene
Por nuestra Nación:

QUEREMOS LA ESCUELA
CON EDUCACIÓN
DE SANTA DOCTRINA
Y DE RELIGIÓN.

P. DE ISLA.